



LA RELIGION.

Existe en nosotros el gérmen de la religion desde que nos alienta el primer soplo de la vida; pero sin conocer su riqueza, sin dar desarrollo á ese gérmen, seremos como el árbol que pierde su savia sin llegar á engalanarse con sus flores. La religion es necesaria al espíritu, pues que nos abre las puertas del paraíso, y muy necesaria en la tierra, porque es el bálsamo que cura nuestros dolores y el único lenitivo de nuestros pesares. Cuando lloramos la pérdida de un padre ó de cualquiera de esos seres queridos, tras de cuya vida parece arrancarse nuestra alma, caeríamos en la desesperacion, si una mano benéfica, posándose sobre nuestro corazón, no hiciera brotar el llanto de nuestros ojos, dándonos un dolor más tranquilo, y derramando un

consuelo en medio de tanta angustia; pues ese consuelo, esa mano bienhechora que así trasforma nuestro agitado espíritu, es, niños míos, la religion, que, dejando el desahogo natural al sentimiento, le quita su intensidad. ¡Por eso debemos amarla como á la más dulce compañera que hallamos en nuestro infortunio!

La religion es el dique que sostiene el impulso de nuestras pasiones, el cedro del Líbano que guarece al hombre de las tempestades del mundo; el ángel que guía nuestros pasos y dulcifica nuestras penas; el móvil de todas las buenas acciones y de todos los grandes hechos; la estrella á cuyo resplandor caminamos risueños por la senda del bien; sin ella correríamos como un torrente desbordado, precipitándonos en el abismo de la cor-

rupcion; nuestra alma no tendria dulzuras ni tranquilidad nuestra conciencia; la familia careceria de virtudes, viviríamos débiles y en-

fermos; porque la religion, queridos niños, es la salud del cuerpo y la salud del alma.

JOSEFA SEVILLANO DE TORAL.

AL DESPERTAR.

Cuando los blandos ecos
De una campana
Despiertan á los niños
Por la mañana,
Fuera del lecho
Rezan, en cruz las manos
Sobre su pecho.

¿Qué dicen esos niños
En són ferviente,
Doblada una rodilla,
Baja la frente?
Oyeme atento,
Y sabrás lo que rezan
Con puro acento.

«Anoche me he dormido
Con tu memoria;
Durante el sueño he visto
Tu santa gloria.
¡Divina estrella!
¡Cuando yo exhale el alma
Lévame á ella!

»Allí adornan tus sienes
Frescos jazmines,
Y bendicen tu nombre
Los querubines,

Que en blando coro
Van por allí agitando
Sus alas de oro.

»¡Los ángeles! ¡Cuál lucen
Sus ricas galas!
¿Cuándo tendré yo, madre,
Tan puras alas?
¡Ay! ¡qué contento
Será volar, señora,
Junto á tu asientol

»Virgen de la Montaña,
Mi dulce dueño,
Haz que todas las noches
Tenga este sueño.
Si en él espiro,
Llévame á esa morada
Por que suspiro.»

Esto los niños dicen,
Y con encanto
La Virgen los cobija
Bajo su manto.
Y en su embeleso,
Al dormirse de noche
Les manda un beso.

A. HURTADO.

LOS NIDOS DE GOLONDRINA.

—Papá, estoy sumamente sorprendido,—decia un niño de ocho años al autor de sus días.

—¿Y qué es lo que motiva tu sorpresa?—le preguntó éste.

—Acabo de leer en un diario que

en París se ha llegado á vender al precio de veinticuatro duros la ración de nido de golondrina.

—¿Y qué?

—Que, segun de eso se desprende, en París comen esos nidos he-

chos de barro, hojas, pajas y veinticinco mil cosas más, que tantas veces he visto pegados á las vigas de nuestra casa de campo.

—Estás en un error, hijo mio. Ignoraba que en París se comieran los nidos de golondrina; pero éstos, de los que se hace un gran consumo en China, donde son muy estimados, no son los nidos que tú te figuras.

—¿Pues qué son?

—Vas á saberlo. En las islas de la Sonda, en China, hay una especie de golondrinas de mar, que los sabios llaman *salanganas*, que hacen sus nidos, ya en las cavernas, ya en las rocas de la costa. Cuando llega el tiempo de la cria, estas golondrinas empiezan á hacer su nido de pequeñas raíces amarillas que recogen entre las arenas de la playa; despues lo revisten interiormente de una capa de saliva que ellas expelen, especie de materia orgánica mucosa, que es lo que constituye el nido propiamente dicho, y lo concluyen arrancándose algunas plumas que ponen en el fondo á fin de preparar un lecho á sus pequeños. Pues bien, los chinos, que son muy amantes de estos nidos, los pagan á precios exorbitantes, á veces hasta á treinta duros la libra.

—¿Y cómo es que se pagan tan caros?

—Porque es muy expuesto el ir

á cogerlos, pues para ello tienen que atarse con cuerdas y descolgarse por peñascos cortados á pico, y que á veces tienen alturas muy considerables.

—¿Entran muchos en una libra?

—Unos treinta, aproximadamente.

—¿Tantos entran?

—Como sólo venden de ellos la parte hecha con la saliva de la golondrina, no debe extrañarse.

—¿Y cómo los comen?

—Los hacen hervir durante dos horas en una cantidad proporcionada de agua, y ya están en disposición de ser comidos.

—Me parece que no pueden ser buenos.

—Los aficionados á ellos aseguran que son muy sabrosos, á pesar del olorcillo que despiden, que no es muy agradable, sobre todo para aquellas narices que no están acostumbradas á percibirlo.

—¿Pero no los comerán sin haberlos limpiado ántes?

—No; despues de cogidos, los que comercian con ellos, los humedecen un poco, y valiéndose de unas pinzas, van extrayendo todos los cuerpos extraños que contienen, de manera que cuando salen al mercado están ya completamente limpios.

—Es igual: me parece que yo no los comería,—dijo el niño.

CELSE GOMIS.



GALERÍA DE DESGRACIADOS.

XVI.

El maestro de aldea.

I.

Se levanta muy temprano,
 Porque temprano se acuesta,
 Y con un almuerzo sóbrio,
 Que es muy pobre su despensa,
 Se instala en su humilde clase
 Y á sus alumnos espera,
 Que van llegando sin prisa,
 Y bostezando y sin fuerzas,
 Para tres horas de clase
 Y acertar de diez tres letras.
 De este niño el desaseo,
 De aquel otro la indolencia,
 Y de aqueste la tardanza,
 Y de todos la torpeza,
 Que, si cual dice el adagio,
 La letra con sangre entra,
 Con sangre suya la encaja
 En las redondas cabezas
 De tantos distintos hijos
 Como prueban su paciencia.

Y él su saber los trasmite,
 Sus travesuras tolera,
 Sus torpezas disimula,
 Y ve en giratoria rueda
 Que unos niños se despiden,
 Y que otros niños se agregan;
 Y entre todos, de su vida
 Se van llevando la esencia,
 Sin que nadie lo conozca
 Ni nadie se lo agradezca.

II.

—Adios, señor don Serapio,—
 Dice un ricote de aldea,
 Que no sabe si Gijón
 Está en Cuba ó en Siberia:—
 No me castigue á los chicos,
 Porque ellos no han de ser Sénecas;
 Y si allá andando los tiempos
 Hasta diputados llegan,
 Lo serán por sus terrones
 Y por sus muchas cabezas
 De ganado, sin quebrarse
 La suya con tantas letras.

—Don Serapio de mi alma,—
Dice una trabisalsera,
Que fué madre, porque el serlo
No es de raciocinio muestra,—
¿Qué hace usted del chiquitín?
Que con dos años de escuela
Aún no me lee las cartas
Que recibo de Bribiesca,
Y tengo que molestar
Al sacristán ó al gatera
Del barbero, que las lee
Y que de todo se entera,
Y al enterarse de todo
Me da luégo unas jaquecas...
Ya ve usted, yo no aprendí;
Pero él.. ¿á qué va á la escuela?
—Si va y no estudia...

—¿Y qué? ¿Acaso
Es menester que él aprenda
O que usted le enseñe?

—Yo...
—Vaya, que si no se enmienda,
A la ciudad irá el chico
Y verá si allí le enseñan.

—Don Serapio, está usted pálido.
—¿Qué quiere usted! Paga y media
Me deben; y ya que usted
Es del Municipio, vuelva
Los ojos hácia mi causa,
Interponga su influencia,
Y que me den esos cuartos..
—Por este mes es materia
Imposible: se ha dispuesto
Un plantío en la alameda,
El revoque de la casa
Consistorial, una acequia...
Ya ve usted, hay que emplear
Los braceros, hacer bella
La poblacion...

—Es que yo
Soy aquí la inteligencia...
—Eso despues.

—Pero...
—Abur.
Y sin decir más se aleja.
Y como estas sufre á miles

Vejaciones é insolencias,
Que si al fin son de ignorantes,
Por serlo se les dispensa;
Pero entre sabios... ¡Oh! ¡entonces
La ingratitud es más negral
No hay legista, ni ingeniero,
Ni hacendista, ni poeta,
Que no cite al catedrático,
Que lumbrera de la ciencia,
Le enseñó las matemáticas,
Las partidas, las escuelas
Filosóficas, que el mundo
Traen en discordia perpetua,
Y le hizo entender á Plauto,
O el curso de las estrellas;
Pero no tiene una frase
Para el que en tanta faena
Le enseñó el abecedario,
A escribir, las cuatro reglas
De cuentas, y lo que es más,
¡A rezar!.. ¡Bendito sea
El sér que coloca el gérmen
De la moral y la ciencia,
Que ha de hacer mañana un sabio
O un hombre honrado en la tierra!

III.

Niños, los que á la escuela
Vais con trabajo,
Sin ver que es de la ciencia
El primer paso;
Hombres que en la revuelta
Lid de la vida,
Conquistásteis los puestos
De más valia;
Así los que entre flores
Pisais el suelo,
Como los que entre lágrimas
Mirais al cielo;
¡Enviad nn recuerdo
De agradecidos,
Al que supo enseñaros
Cuando erais niños!

JOAQUINA BALMASEDA.

Madrid 1881.



A LA MEMORIA

DE MI QUERIDA NIETA

CONCEPCION ELÍO Y TORRES.

Concha del alma querida,
Embeleso de tu abuelo,
¿Por qué has dejado esta vida?
¿Por qué, di, volaste al cielo?
¿Por qué tu dulce mirada
Y sonrisa angelical,
Tenías como orientada
A la region celestial?
¿Por qué en el pecho afligido
Nos dejas honda memoria?
¿Por qué del mundano nido
Tornas veloz á la gloria?
¡Ay! que tu cara divina
Anunciaba al corazon

Que en esta region mezquina
No estaba, no, tu mansion.

Al ceñir tus tiernos brazos
A la que tanto querías,
¡Adios! en mudos abrazos,
¡Hasta al cielo! la decías.

Si á este mundo de dolor
Te envió la Virgen pura,
Hoy en su seno de amor
Gozas de eterna ventura.

¿Cómo no envidiar tu suerte
Quien puede igualarse á tí?
Sé tú el ángel que á mi muerte
Pida á la Virgen por mí.

R. T. MUÑOZ DE LUNA.

INSTRUMENTOS PARA MEDIR EL TIEMPO.

Varios son los medios de que se ha valido el hombre para medir el tiempo y conocer su marcha. Cuando no habia instrumentos á propósito para ello, *la sombra* suplió esta falta; así es que en los antiguos pueblos de Oriente habia la costumbre de mirar dónde terminaba la sombra que el cuerpo hacia en la tierra, y segun la distancia á que se hallaba de él, así se conocia la hora con corta diferencia. De aquí aquella sencillísima expresion que usaban los jornaleros para demostrar su deseo de abandonar el trabajo y que aún emplean nuestros rústicos, de *cuánto tarda en venir mi sombra*.

De observar la sombra producida por el cuerpo del hombre, á medir el progreso de esta misma sombra

trazada por un cuerpo fijo, no hay más que un paso; de aquí el *reloj de sol*, en el que una varita ó gnomon fijo en direccion al meridiano, traza las horas con su sombra recorriendo un semicírculo graduado.

La *clepsidra*, que era una vasija de calculada capacidad llena de agua y que tardaba una hora justa en desocuparse por el pequeño orificio practicado en ella al efecto, es tan antigua si no más que el *reloj de sol*; y tenía sobre éste la gran ventaja de que marcaba las horas en tiempo nublado y de noche, al paso que era de todo punto imposible en aquel instrumento. Más tarde se combinaron dos vasijas para que alternativamente volviese el agua de la una á la otra.

La *goria* ó *clepsidra* del Indostan,

llamada así porque marcaba las *goris* ú horas, era una vasija ó copa de metal con un orificio en el centro de su parte inferior, que puesta dentro de otra vasija llena de agua, se iba llenando por su propio peso en el intervalo de veinticuatro minutos, que era una *gori*, de las ocho *velas* en que se dividía el día civil.

Este instrumento tenía, no obstante, un grande inconveniente; y era el de exigir un hombre que estuviese constantemente observándole para en cuanto la copa cayese al fondo, hacer saber á los individuos de la casa, que era pasada una *gori* dando un fuerte martillazo en un disco de cobre. El mecanismo de la clepsidra se perfeccionó poco tiempo despues con la invencion del cristal, trasformándose en el *reloj de arena*, que tuvo nuevas ventajas sobre la *goria*, porque como la materia de que estaba hecho era trasparente, permitia observar el movimiento de la arena al pasar de una vasija á otra.

Después de los relojes de arena vinieron ya los *relojes de ruedas*, cuyo complicado mecanismo á tanta perfeccion ha llegado en nuestros dias. Estos ingeniosos aparatos fue-

ron conocidos ya, aunque de muy tosca construccion, á principios del siglo iv, y las crónicas antiguas hablan ya de uno que fué regalado á Carlo-Magno, considerándosele entónces como una verdadera rareza. A Gerbert, monje del siglo x y hombre muy distinguido en la construccion de relojes, que estudió entre los árabes la astronomía, se debe la perfeccion que en su tiempo adquirieron estos instrumentos; pero el uso de ellos, sin embargo, no se generalizó hasta mediados del siglo xiv, en que empezaron á abundar los relojes *de campana*. Los *de bolsillo* fueron inventados en Nuremberg en 1477, y del año 1649 datan las primeras *péndolas*. Los *relojes de repeticion* son mucho más modernos; y tanto en éstos como en los de bolsillo y *sobremesa* se han hecho adelantos muy notables, especialmente en Alemania, donde los relojes han recibido, por decirlo así, la última mano de su perfeccion.

Los *cronómetros*, que son unos relojes de precision extremada, sirven principalmente para determinar las longitudes, por lo cual se llaman tambien *relojes marinos*.

X.

EPÍGRAMAS.

Ayer don Frutos Algar
Me aburrió de tal manera,
Que le dije:—¡Fuera! ¡fuera!
Con brutos no quiero hablar.
Montó en cólera don Frutos
Y me gritó altivo y fiero:
—Escuche usted, caballero...
Usted es quien habla con brutos.

Pregunté á Benito Andía
Por su esposa doña Gala,
Y me dijo:—Está muy mala;
Se me muere el mejor día.
Y hablaba en serio el traidor,
Que hoy murió la pobrecita,
Y alegre Benito grita
Que hoy es su día *mejor*.

I. VIRTO.

ZOOLOGÍA.



LA HIENA.

La hiena es un animal carnívoro, del orden de los carnívoros: tiene como distintivo cuatro dedos en cada pié y treinta y cuatro dientes. Algo parecida al perro, se diferencia de él por la oblicuidad de su marcha, pues el cuarto trasero parece ser mucho más bajo que el delantero, á causa de la flexion cons-

tante de aquél. Las hienas habitan en cavernas de África y Asia, que dejan durante la noche para buscar cadáveres y restos infectos, abandonados en la superficie de la tierra ó enterrados en ella. Se distinguen dos especies principales, la *rayada* y la *manchada*.

X.

Rocio.

En un campo de flores esmaltado
Dos gotas de rocío vertió el cielo:
Una cayó en el cáliz nacarado
De virgen azucena,
Y la segunda se perdió en el suelo
Entre los granos de menuda arena.

La primera en diamante trocó el frío;
La segunda fué lodo en un instante:
De la niña, cual gota de rocío
Que Dios arroja al mundo,
La flor de la virtud hace un diamante
Y el arenal del vicio lodo inmundo.

PEDRO MARÍA BARRERA.



LOS NIÑOS.

¡Los niños!... Encanto del alma afligida,
Consuelo nos prestan, nos prestan valor:
La lucha por ellos jamás intimida:
Si densas tinieblas enlutan la vida,
Los niños las rompen con tierno candor.

Su acento gracioso, sus blondos cabellos,
Su boca risueña, su rápido andar,
Sus ojos azules del cielo destellos,
Al hombre le encantan, mirándose en ellos,
Que alegra y fascina su dulce mirar.

¡Benditos los niños! ¡Bendita inocencia,
Que luégo los años habrán de torcer!
Dejadles que ejerzan su grata influencia,
Dejadles que alumbren la triste existencia
Del hombre que sabe lo que es padecer.

Jesús, que á los hombres salvó del pecado,
A todos los niños llamó junto á sí,
Diciendo á las gentes con célico agrado,
Con frase amorosa, de su alma traslado,
Dejad que los niños se acerquen á mí.

M. OSSORIO Y BERNARD.



ARREPENTIMIENTO.

A mi primo Alejandrino.

I.

Su padre era cojo, su madre tuer-
ta, y él tenía un genio de todos los
demonios. Le habian tenido que
apartar de la escuela porque sus
padres, favorecedores de la ense-
ñanza, no podian consentir que por
su culpa se quedase la aldea sin
maestro, pues les constaba que más
de una vez habia atentado contra
el cuerpo del viejo preceptor. ¿Quién
si no Mariano le habia dirigido una
piedra con fatal acierto cuando cru-
zaba la alameda solitaria?

Nada; era cosa de mirar por la
ilustracion del pueblo; y Maria-
no, aunque no sabia escribir su
nombre sin equivocarse tres veces,
fué sacado de la escuela, en donde
dejó eterna recordacion de sus des-
tructorías mañas. Y si no, que lo
digan los mapas y las muestras ó
los bancos horadados por el alhaja
del pueblo.

Dios os libre de creer que Maria-
no era tonto, porque os equivocaría-
íais si por tal le tomáseis. No ha-
bia entre todos los granujas de la
aldea uno sólo que le ganase en
idear planes tan completos para
asaltar las cercas de las huertas y
llenarse de frutas, sin que de nadie

recibiera ni un pequeño coscorron.

En los lances difíciles y arriesga-
dos, lo más que pasaba era que co-
giesen á algun colega, pero á él...
jamás. ¡Buenos piés tenía el niño
para dejarse coger!...

Un dia supo el padre una de las
innumerables fechorías de su hijo, y
sin que le disuadieran los consejos
y súplicas de su mujer, conocida en
el pueblo por la Tuerta, se deci-
dió á esperar al muchacho con una
astilla en la mano. Pero Mariano
no era un travieso vulgar, y com-
prendiendo la actitud de su padre,
resolvió, despues de pensarlo infinitas
veces, no ir á su casa hasta que
la furia paterna se aplacase.

Con efecto, el padre espera y es-
pera con la astilla en la mano, y el
hijo sin parecer á saludarle. Pero
llegó la noche y el rapaz sintió
hambre, y acudió á la casa, junto
á la que empezó á gritar:

—¡Madre!... ¡Madre!

Pronto salió la autora de sus dias,
con la que entabló la siguiente plá-
tica:

—¿Está padre en casa?

—Vaya que sí lo está, truhan,
y como te acerques...

—Entónces ya me le figuro con
la astilla en la mano...

—Astilla, y gorda, tiene.

—Madre, por Dios, dígame usted á padre que es el peor vecino del pueblo, y que voy á decir al Alcalde que le eche una multa, porque á ese paso, segun las estacas que rompe en mis costillas, va á dejar el soto sin leña, y eso no es justo.

—Calla, insolente, y arrímate aquí,—gritó su padre saliendo de la casa.

—Cá, lo que es eso, no; si quiere usted capitularemos, pero desde lejos. Como Vd. se acerque, escapo á correr.

—Picaro, ¡cómo abusas de que tu padre no tenga más que una pierna! Pero ya te acercarás, granuja.

—¡Ah! También voy á decir al Alcalde, que agregue á la leña que gasta Vd. conmigo la que usa para la pata. Aunque esa también entrará en la que emplea para mí, pues ya ha roto Vd. tres patas en mis costillas.

—Calla, deslenguado, y entra,—dijo la madre,—que ya tu padre te perdona.

—No lo creo, si no tira la astilla.

—Anda y tírala, Pepe,—dijo la tía Tuerta á su esposo.

El padre la arrojó lejos de sí, y cuando entró el hijo en la casa atrancó la puerta, le sujetó con la mano izquierda, y quitándose el apéndice de palo, le dió tan rudos golpes al travieso, que éste consi-

deró la paliza superior á las diarias; y ántes de que tomara mayor incremento, se desasíó de su padre, el cual, no pudiendo sostenerse en un pié, dió con su cuerpo en el suelo.

El chico aprovechó la ocasión, desatrancó la puerta y dióse á correr por la pradera con su proverbial ligereza, sin que ya nada supieran de él en aquella noche.

II.

Si otra causa posterior no hubiera hecho un hombre de bien del travieso Mariano, seguramente que influirían en su carácter de una manera favorable los acontecimientos hartos desagradables que le pasaron durante los dos días que estuvo fuera del hogar paterno. El demonio del muchacho dióse á correr con tanta prisa, que no percibió los gemidos con que su anciano padre se quejaba.

Ni el hambre que le molestaba demasiado, ni el miedo que sentía durante la noche, le hicieron la impresion que las palabras de un compañero, que le anunció que su padre estaba enfermo de gravedad de resultas del golpe que recibió al caer sobre el suelo al soltarse de sus manos el hijo.

Su semblante se contrajo, y en sus labios no volvió á aparecer la sonrisa, en ellos tan peculiar. Ni si-

quiera se le ocurrió que tal noticia podía ser un lazo que le tendieran para que se acercase á su padre.

Sin pensar en las consecuencias de tal decision corrió á su casa, temeroso de que se confirmase tan fatal noticia.

Lloró y suplicó á su madre que le perdonara; prometió no volver á darle un disgusto, y pasó á la alcoba de su padre, donde tuvo ocasion de repetir sus súplicas. El pobre

anciano consideró verdadero el arrepentimiento de su hijo y no vaciló en tenderle los brazos.

Ya no dudareis que durante la enfermedad del anciano, Marianito no se movió de la cabecera de su cama, prodigando cuantos cuidados y consuelos necesitaban sus afligidos padres, y que de allí en adelante fué el muchacho mejor de la aldea.

PEDRO GROIZARD.

ACTUALIDADES.

Hemos estado á punto de ser víctimas de los caprichos de la naturaleza, que se nos ha presentado en todas sus manifestaciones.

El viento, que es, como si dijéramos, lo que constituye la genialidad del tiempo, pues sus corrientes, ora cubren el cielo de nubes, ora le limpian de ellas, ora nos sofocan cuando son cálidas y nos hielan cuando son frias, ha verificado en corto espacio diversas evoluciones, blanqueándonos con nieve, apedreándonos con granizo y remojándonos con agua.

Los rios crecieron, y al crecer se desbordaron, y al desbordarse anegaron los campos é inundaron las viviendas. El pánico se apoderó de las familias, que vieron sus hogares destruidos y sus intereses arrastrados por la impetuosa corriente de los rios.

Cesó por fin la naturaleza de mostrarse tirana con la humanidad, y ésta, al contemplar los horrores de la tiranía de aquélla, rompió en llanto, que brotó como desencadenado torrente. Que la máquina humana es mundo pequeño en el cual el viento de la desgracia tambien condensa las nubes del pesar, y las fuentes del sentimiento se desbordan entónces, como se desbordan los volcanes en su período de

ignicion arrojando lavas que hacen surcos en su base y abrasan cuanto hallan á su paso.

Lava es el llanto que escalda la mejilla y deja huella terrible de un hondo pesar.

Pero el sentimiento de caridad es inagotable, y en socorro de la desgracia acudieron todos á prestar sus auxilios.

En nuestro primer teatro se proyecta una magnífica fiesta á beneficio de los pueblos inundados. Patrocinan la fiesta los Senadores y Diputados por Andalucía,

El hijo de uno de estos representantes decia á su padre:

—¿Cómo podrán gozar los que asistan á esa funcion recordando á los que sufren?

—Hijo mio,—contestó el padre de la patria,—gozarán al pensar la alegría que han de tener aquellos desgraciados al recibir el consuelo de la caridad.

Que el corazon humano es preciso conducirlo, á fin de evitar que sus afectos se conviertan en pasiones desenfrenadas, es indudable. Pero que hay corazones que naturalmente y sin cultivo alguno se inclinan al bien, no es ménos cierto. Como hay inteligencias claras sin el cultivo del

EL VESTIDO LARGO.

(Conclusion.)



¡Y cuidado si Elena es bailarinal
Una vez en su casa,
En bailar con su padre un vals se obstina,
Aunque la ligereza bien escasa

Del mismo, fué perdida en la oficina.
El, que á la niña complacer desea,
Baila y baila, y bailando se marea.

estudio, y como hay tierras que dan frutos sin que el arado hiera sus entrañas.

Tan verdad es esto, como que el vínculo de union en la sociedad conyugal son los hijos.

Estos dos puntos han servido de base á dos distinguidos autores dramáticos para llevar al teatro dos lindísimas comedias, que han sido recibidas con aplauso.

Los títulos de las comedias son: *El guardian de la casa* y *La receta*.

Los autores, D. Ceferino Palencia y don Mariano Barranco.

La primera de estas obras se puso en escena en el teatro de la Comedia el 7 del actual y para beneficio de Mário; la segunda al día siguiente en el elegante coliseo de Lara.

El guardian de la casa es una comedia primorosamente hecha, cuya accion fácil y espontáneamente va interesando al auditorio; las situaciones sencillas y naturales excitan la hilaridad.

Mário estuvo incomparable en su parte; los demas artistas le ayudaron, y el público no cesó de reir y saborear tan bella composicion, y prorumpió en bravos y aplausos, que compartieron Palencia y Mário.

La receta, de Barranco, se encamina á unir los matrimonios malavenidos por ligeras cuestiones ó divergencia de caracteres, y consiste en el lazo de la paternidad. El asunto no puede ser más delicado,



Elena, que no cesa,
De ver á su papá se maravilla;
Busca nueva pareja,
Y con tal de bailar, coge una silla.

Y goza y se divierte
Viendo que roza al suelo su vestido,
Hasta que al cabo advierte
Que tiene un desgarron y un descosido.

ní su ejecucion más perfecta: los-tipos que en él juegan han sido arrancados, mediante profunda observacion, del gran cuadro de la naturaleza; el diálogo es chispeante, y aunque la accion es pobre, se desarrolla natural y lógica hasta su desenlace.

Los demas teatros han ofrecido escasas novedades, aunque preparan bastantes.

En el Español han alternado varias obras del repertorio, y se ha estrenado un nuevo drama del Sr. Cavestany, *Despertar en la sombra*.

En la Zarzuela siguen *Artistas á cala*, *Los titiriteros*, y la compañía mimica francesa.

En Martin, *El proceso del can-can*.

En el teatro de Madrid, un juguete titulado *Venga de ahí!* original del periodista D. Juan Maestre, y escrito con mucha gracia.

El sol nos baña estos dias.

Habíamos perdido la costumbre de verle, y adquirido la de llevar constantemente el paraguas.

Conozco á un señor que aún conserva la costumbre de los dias de lluvia.

Sale á la calle y abre el paraguas; llega á su casa y lo extiende en el recibimiento para que se seque.

—Pero, hombre,—le dice su esposa,—¿por qué haces eso?

—Para no perder el hábito por si vuelve á llover.



Ya el vestido de cola se ha quitado;
En un sofá lo pone,
Y á buscar en el sueño sosegado
Reparador descanso se dispone.

Ahora nadie la ve... no hay que asustarse...
Aunque es ya una mujer, ahora no peca,
Y la niña consagra al acostarse
Un recuerdo de amor á su muñeca.

Es un señor afecto al sistema preventivo.

—El carnaval se acerca.
—Es cierto. Yo tengo preparado el traje.
—¿De qué te disfrazas?
—De protector de animales. Lo único que me falta es un protegido.
—Si yo puedo servirte...
—Ya había pensado en ti; pero como la Sociedad sólo protege á los animales útiles, prefiero que me prestes tu perro.

A la puerta del Instituto de San Isidro discutian dos estudiantes en los términos siguientes:

—Repito,—decia uno,—que es preferible la sordera á la mudez.
—No es cierto,—objetaba el otro.
—Si yo fuese sordo tendria disculpa al contestar mal en el examen.
—¿Qué disculpa?
—El no oir las preguntas.
—Pues si fueses mudo saldrias ganando, porque tendrias el pretexto de no poder responder.

S. OLMEDO.

NOTICIAS.

El Sr. D. Antonio J. Bastinos, tan conocido por sus publicaciones editoriales, y que es á la vez un escritor muy distinguido, acaba de dar á la estampa la segunda edicion de su notable obra *Manual del trabajo: nociones populares de economia politica é industria y comercio*, obra utilísima para las escuelas ampliadas y superiores, las de adultos, comerciales y de artes y oficios. Digno es, por tanto, de toda recomendacion, dicho *Manual*.

Se hacen grandes preparativos para la celebracion del segundo Centenario de la muerte del insigne D. Pedro Calderon de la Barca, príncipe de nuestros poetas dramáticos. La idea, nacida en la Sociedad de Escritores, toma vida y forma, y su realizacion es ya segura, contándose con la eficaz cooperacion del Gobierno.

Las obras del nuevo Hospital de Niños en construccion, á espaldas del Retiro, están muy adelantadas, y quizá en la primavera próxima pueda verificarse la traslacion de enfermos. Se han gastado ya cinco millones de reales, y falta gastar otros siete para llegar á la terminacion. Pero cuando esté concluido, Madrid tendrá un establecimiento modelo en su clase.

La Sra. Duquesa de Santoña, iniciando

esta obra, empleando en ella cuantiosas sumas, prosiguiéndola con caritativo celo, presta, así como las personas que le ayudan, un gran servicio á las clases pobres, y realizan una alta y meritoria empresa.

En el Instituto provincial de Huesca se han inaugurado las conferencias académicas, de que tanta utilidad reportan los alumnos que cursan la segunda enseñanza.

La aplicacion del fósforo en estado amorfo á la fabricacion de cerillas, ha venido á llenar el vacío que dejaba en esta industria el fósforo cristalizado, que se inflama á la temperatura de 50 á 60 grados, y es un veneno activísimo, al paso que el primero no arde sino á una temperatura elevada (de 140 á 150 grados), y es completamente inofensivo en nuestra economia.

Varios son los fabricantes de cerillas fosfóricas que en su industria han empleado el fósforo amorfo; pero hasta ahora ninguno ha conseguido resultados tan positivamente ventajosos para el consumidor, en calidad y baratura, como la casa de la Señora Viuda de Lizarbe é Hijos, cuya sucursal en esta capital está Navas de Tolosa, 9, por lo cual la recomendamos á nuestros lectores.

